

¿Quién es MR. DANGER?

Fragmentos de Rómulo Gallegos en Doña Bárbara (1929)

“...El que lea a Doña Bárbara o la relea, podrá conseguir ahí a un Gallegos que vino aquí al Apure y conoció la realidad apureña, el latifundio, mister Danger y Doña Bárbara, la explotación, el esclavismo. Aquí hasta hace poco había esclavismo, la esclavitud de la edad media pues y la Revolución ha venido liberando el Apure, como ha venido liberando a Venezuela...”.

Declaraciones, caravana y concentración en apoyo al
Candidato de la Patria Hugo Chávez en el estado Apure
15 de septiembre de 2012

• “(...) El mister Danger de quien le hablé esta mañana. Ése le ha cogido todos los tiros al llanero bellaco, y res que pase el boquerón de Corozalito no regresa más para acá”.

• “(...) Había llegado por allí hacía algunos años con un rifle al hombro, cazador de tigres y caimanes. Le agradó la región, porque era bárbara como su alma, tierra buena de conquistar, habitada por gentes que él consideraba inferiores por no tener los cabellos claros y los ojos azules. No obstante el rifle, se creyó que venía a fundar algún hato y a traer ideas nuevas, se pusieron en él muchas esperanzas y se le acogió con simpatía; pero él se limitó a plantar cuatro horcones, en un terreno ajeno y sin pedir permiso, a echarles encima un techo de hojas de palmera, y una vez construida esta cabaña, colgó su chinchorro y su rifle, se metió en aquél, encendió su pipa, estiró los brazos, distendiendo los potentes músculos, y exclamó:
–*All right! Ya estoy en mi casa*”.

• “Entretanto, mister Danger, por industria no hacía sino cazar caimanes, cuyas pieles exportaba anualmente en grandes cantidades, y por afición, tigres, leones y cuantas fieras le pasasen al alcance de su rifle”.

• “(...) –¡Bonito! –exclamó el extranjero–. Las estrellas arriba y nosotros abajo, echando tierra encima del caballo vivo. ¡Bonito! ¡Pintoresco!”.

• “Mister Danger desamarró el caballo y lo condujo hasta el borde de la zanja, dirigiéndole palabras compasivas, entre ruidosas risotadas que provocaban la hilaridad idiota de Apolinar, y luego lo arrojó dentro del hoyo en un envión formidable.
(...) –¡Qué borracho estás, coronelito! –acababa de exclamar mister Danger, afanado en su papel de enterrador, paletada sobre paletada, con una rapidez extraordinaria, cuando advirtió que Apolinar soltaba la herramienta y se llevaba las manos a los riñones, cimbreándose y exhalando un gemido mortal, para caer luego dentro de la zanja, con su propia lanza hundida en la espalda.
–¡Oh! –exclamó el extranjero, interrumpiendo su tarea–. No estaba esta cosa en el programa. ¡Pobrecito coronel!
(...) –¡Caramba! Usted no tiene pepitas en la lengua. Mister Danger no aguársele nunca el ojo; pero mister Danger no hace cosas que no están en el programa. Yo soy venido aquí para enterrar familiar solamente”.

• “(...) para él, extranjero despreciativo, no había gran diferencia entre Apolinar y el caballo que lo acompañaba en su sepultura, y dejó prevalecer la versión de que el coronel había perecido ahogado en el caño Bramador, al tratar de atravesarlo a nado, y en apoyo de la cual, la única prueba fue el haber encontrado en el estómago de un caimán cazado en dicho caño, días después, una sortija que doña Bárbara reconoció como perteneciente a aquél”.

• “(...) En pago de su encubrimiento transformó en casa la cabaña y construyó corrales en tierra de La Barquereña, y de cazador de caimanes se convirtió en ganadero, o mejor dicho, en cazador de ganados, pues eran mautes ajenos, altamireños, los que él herraba como suyos”.

• “(...) Mas los derechos de Lorenzo Barquero no hicieron sino pasar de las manos de un usurpador a las de otro, pues del producto de aquellas tierras no vio nunca sino las botellas de whisky que le mandaba mister Danger cuando regresaba de San Fernando o de Caracas, con una buena provisión de su bebida predilecta, o los garrafones de aguardiente que le hacía enviar de la pulpería de El Miedo, y esto mismo sin pagárselo a doña Bárbara. En cambio, el extranjero se enriquecía cachilapiando a su gusto. Era el resto del antiguo fundo de La Barquereña apenas un rincón de sabanas atravesadas por un caño, seco durante el verano, denominado Lambadero, cuyas barrancas salitrosas atraían el ganado de los hatos vecinos. Numerosos rebaños veíanse constantemente por allí, lamiendo la tierra del caño, y gracias a esto era sumamente fácil cazar orejanos dentro de los límites de aquel pedazo de tierra, que no tenía el mínimo de extensión que establecían las leyes del llano para tener derechos al común de las greyes no herradas que vagan por una llanura abierta; pero mister Danger podía saltar por encima de las restricciones legales y apoderarse del ganado de los vecinos porque los administradores de Luzardo siempre eran sobornados y porque la dueña de El Miedo no se atrevería a protestar”.

• “(...) –¡Oh! No, doctor –replicó el extranjero–. Yo no soy nunca equivocado cuando digo alguna cosa. Yo tengo mi plano y puedo mostrárselo a usted. Aguarde un momento”.

• “(...) El que mostraba mister Danger estaba debidamente autenticado y registrado, y Santos se avergonzó de haber dado aquel paso en falso y de tener que confesar ahora que desconocía la verdadera situación de Altamira; pero lo acompañaba otro documento del cual constaba la venta hecha por Lorenzo Barquero al norteamericano de las sabanas del Lambadero, y al ver la firma del vendedor, escrita con caracteres ininteligibles, desiguales y tortuosos, que daban la impresión de haber sido trazados por un analfabeto a quien le llevasen la mano, le pareció que tenía ante los ojos una prueba material de la coacción ejercida por el extranjero sobre la abolida voluntad de Lorenzo, pues podía asegurarse sin riesgo de incurrir en calumnia que la tal compra no había sido sino un despojo, llevado a cabo a la manera de aquellas otras ventas simuladas que le había hecho firmar doña Bárbara”.

• “(...) Entretanto, mister Danger se había acercado a la mesa y servía dos copas de whisky para celebrar su triunfo sobre el vecino que había venido a reclamar derechos perdidos. Una altanera satisfacción de sí mismo le impulsaba a humillar al hombre de la raza inferior que se había atrevido a discutirle los suyos”.

• “(...) Mister Danger comprendió que tampoco aceptaba la amistad que él le ofrecía, y cuando Luzardo se retiró, viéndolo alejarse, se dijo:
–¡Oh! Estos hombrecitos. Nunca saben nada de lo que hablan”.

• “(...)Entretanto, mister Danger continuó:
–Ahora es la señorita Marisela, pero todavía brava como una cunaguara.
Y moviendo el índice en ademán de amonestaciones:
–Ayer me sacaste sangre con tus uñas.
–¡Guá! ¿Pa qué viene a tocame, pues? –respondió Marisela.
–Ella se pone brava conmigo porque yo digo: yo te he comprado a tu papá, y cuando él se muera, te voy a llevar conmigo; yo tengo en casa un cunaguaro macho y quiero tener también una cunaguara hembra para sacar cunaguaritos. Y mientras mister Danger celebraba su brutalidad con estentóreas carcajadas, y Marisela refunfuñaba enojada, Santos se dio cuenta del peligro que corría la muchacha bajo la protección de aquel hombre sin piedad, y experimentó una vez más la profunda animadversión que le inspiraba.
–Ya es demasiado –exclamó sin poder contenerse–. Le emborracha usted al padre, la despoja de su patrimonio, y, por añadidura, no tiene usted delicadeza para tratarla.
Mister Danger cortó en seco sus carcajadas, se le oscurecieron los ojos azules, y la sangre huyó de su rostro. Sin embargo, no se le alteró la voz al replicar:
–¡Malo! ¡Malo! Usted quiere ponerse enemigo mío y yo puedo prohibirle a usted que pise esta tierra donde está parado. Yo tengo derechos para prohibírselo”.

• “(...) –Has tenido suerte, chico, de no encontrar al coronel, porque con él hubieras perdido tu tiempo. Es muy amigo de doña Bárbara, y si es mister Danger, ya tú sabes que musió tiene garantías en esta tierra. Pero yo te voy a arreglar la cosa. ¡Cómo no, Santos! Para algo hemos sido amigos. Voy a citar a doña Bárbara y a mister Danger en nombre del Jefe Civil...”.

• “(...) –Es el caso que el señor Danger tiene en sus corrales –y me sería fácil comprobarlo–, reses marcadas con su hierro, que, sin embargo, llevan las señales de Altamira.
–¿Y eso qué quiere decir? –interpeló el extranjero, sorprendido de aquel tema que no era el que esperaba oírle plantear.
–Que no le pertenecen. Simplemente.
–¡Oh! ¡Caramba! Como se conoce que usted está tiernito eh cosas de llano. ¿No sabe usted que las señales no tienen importancia ninguna, y que lo único que da fe sobre la propiedad de una res es el hierro, siempre que esté debidamente empadronado?”

–¿De modo que puede usted cazar orejanos marcados con señales ajenas?
–¿Y por qué no? Yo estoy cansado de hacerlo, y usted también lo estaría si se hubiera ocupado antes de su hato. ¿No es así, coronel?”.

• “(...) De modo que, eche su cerca, mister Danger, porque usted, verdaderamente, no está en ley. Aunque no sea sino para llenar la fórmula. Después, un palo que se cae hoy y otro mañana, y el ganado, que para pasar al Lambadero no necesita boquetes muy grandes, ¿quién va a fijarse en eso? Vuelve usted a parar los palos, si el vecino reclama, y ellos se volverán a caer, porque esa tierra suya como que no es muy firme. ¿Verdad?
–¡Oh! Muy flojita, coronel. Usted lo ha dicho.
Y descargando su manaza en los hombros del Jefe Civil, con la familiaridad a que le daba derecho la bribonada que acababa de oír, agregó:
–¡Este coronel tiene más vueltas que un cacho! Por allá tengo dos vacas lecheras muy buenas. Un día de éstos voy a mandárselas”.

• “(...) –Firma aquí, chico. Éste es el documento del contraticio que hicimos ayer. Lorenzo levantó a duras penas la cabeza y se quedó mirándolo desde el abismo de su borrachera, sin entender lo que le decía; pero mister Danger le puso la pluma entre los dedos, y llevándole la mano, lo obligó a estampar su firma al pie del escrito, aunque con una letra que no tenía de suya sino el temblor de la diestra por medio de la cual escribía el extranjero.
–All right! –exclamó éste, guardándose la pluma en el bolsillo del pecho, y en seguida dio lectura al escrito en alta voz–: `Por el presente declaro que he vendido al señor Guillermo Danger mi hija Marisela por cinco botellas de brandy´.
(...) –Ha estado un juego mío, Marisela. Mister Danger no gusta tomar las cosas por la fuerza, pero ya tú sabes que mister Danger te quiere para él.
Y ya al salir:
–Y no vuelvas a coger machete para mister Danger, don Lorenzo, porque entonces se acabó brandy aguardiente y todo”.

• “(...)Mister Danger, como viese que sus lambederos iban a quedar encerrados y ya no podrían las reses ajenas venir a caer bajo sus lazos por lamer el amargo salitre de sus barrancas, se encogió de hombros y se dijo:
–¡Se acabó esto, mister Danger!
Cogió su rifle, se lo terció a la espalda, montó a caballo y, de paso, les gritó a los peones que trabajaban en la cerca:
–No gasten tanto alambre en cercar los lambederitos. Díganle al doctor Luzardo que mister Danger se va también”.